

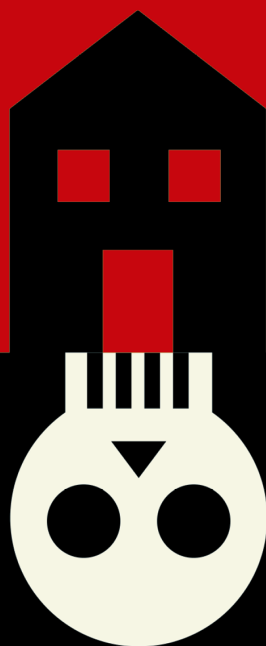
**VIRGINIA MESSI**

# **CRIMEN Y MISTERIO EN COGHLAN**

**Lo buscaron 41 años.**

**Estaba enterrado en el jardín  
de un compañero del colegio.**

**Un caso real**



**VIRGINIA MESSI**

# **CRIMEN Y MISTERIO EN COGHLAN**

**Lo buscaron 41 años. Estaba enterrado  
en el jardín de un compañero del colegio.**

**Un caso real**

 **Planeta**

## 1 | El hallazgo

### Debe ser un curita

En avenida Congreso al 3700, en el barrio porteño de Coghlan, todos se conocen desde hace años. Algunos vecinos son más simpáticos, otros más ariscos. Pero ninguno era sospechado, hasta hace poco, de un asesinato.

A fines de mayo de 2025, todo cambió: «Encontraron un cadáver en el jardín de una casa donde vivió el líder de Soda Stereo, Gustavo Cerati». El titular era inexacto. Pero la fama del músico hizo que replicara en los medios de todo el continente.

Casi nadie pensó lo peor. Los vecinos creyeron que nada escalofriante podía estar relacionado con los restos encontrados. «Seguro que los huesos son de algún sacerdote de la parroquia Santa María de los Ángeles. La construyeron en 1928 y ocupaba casi toda la manza-

na», quiso suponer y explicar un vecino de toda la vida. «Debe ser un cuerpo de principios del 1900, un cura, alguna monjita», repitieron otros en la cuadra del hallazgo. Dos días después estacionó al primer móvil de televisión. Vendrían muchos más.

## Obra de la casualidad

La obra para derrumbar la vivienda y levantar un edificio había empezado a principios de 2025. Para marzo, la casona estaba totalmente demolida. El terreno llano, todo tierra, y un portón de obra negro de lado a lado. Los bolsones de arena, en la vereda, daban cuenta de que el lugar estaba listo para iniciar los cimientos y construir el nuevo proyecto.

La artista plástica Marina Olmi, hermana del actor Boy Olmi, había comprado esa propiedad a fines de los noventa al hijo de una mujer alemana, Olga Schuddekopf, cuyo esposo la había construido hacía cien años con sus propias manos. Marina vivió ahí con su marido, el músico Guillermo Piccolini, integrante, junto a Roberto Pettinato, de la banda Pachuco Cadáver. Fueron sus épocas doradas. Ella tiene buenos recuerdos del lugar, salvo por «algunas cosas oscuras» (que pasaban en el fondo).

Quienes la conocen escucharon esa historia: junto a la pileta que Marina hizo construir en el jardín había

una casilla de materiales. Estaba pegada a la casa de los vecinos, la de los Graf. A la noche, y de manera inexplicable, se prendía y apagaba la luz. A Marina siempre le pareció algo espectral.

En Coghlan se recuerda que la casona llegó a ser alquilada por Cristian Graf, quien montó en el lugar un salón de fiestas infantiles que no duró mucho. Pensar en eso ahora provoca escalofríos. En el salón había juegos. Los niños saltaban en un inflable y celebraban sus cumpleaños sin que nadie supiera que jugaban junto a una tumba. Del otro lado de la medianera, los Graf disfrutaban de la piletta a pocos metros de la fosa que, se sospecha, Cristian Graf cavó para enterrar a un compañero de colegio.

Graf creció en Coghlan. Siempre fue una figura un tanto gris y alicaída. Los vecinos lo conocían porque se cruzaban con él desde principios de los setenta, cuando se mudó con su familia a la casa de sus abuelos, un chalet de dos plantas en avenida Congreso 3742. Le decían «Pantriste» por lo flaco y taciturno. Hacía trabajos de electricidad. Dicen que iba de acá para allá en una pequeña moto. Era todo lo que sabían de él.

En un barrio próspero, de moda, a nadie le extraña que tiren abajo una casa para construir un edificio de diez pisos. Los viejos caserones han quedado salpicados por moles de frente vidriado, la mayoría son oficinas. El progreso se nota en ambas manos de la avenida Congreso. El tránsito de colectivos y autos es intenso.

La sorpresa llegó a la hora de delimitar los terrenos. Durante cuarenta años el límite catastral había consistido en un alambrado con enredadera de diez metros de largo por dos de alto, muy espesa. Era imposible ver para el otro lado. Cuando todo estaba listo para levantar un muro entre las dos casas, los Graf se mostraron especialmente preocupados en que nadie tocara un árbol. Una versión señala un bananero, otra una Santa Rita. «Recuerdos del señor Federico Graf», dijeron. El hombre había muerto unos años atrás en ese mismo chalet lleno de rejas y cámaras de seguridad.

El arquitecto de la obra, Marcos Sebastián Arcifa, le había explicado la situación a la anciana vecina del chalet de Congreso 3742, Susana Elena Grassle de Graf, de 87 años.

La cuadrilla comenzó a trabajar sobre el terreno. El 20 de mayo de 2025, al mediodía, el arquitecto y el ingeniero llegaron a la obra con los planos oficiales del lugar. Pasado el mediodía, el albañil Cristian David Pereyra Godoy empezó a palear. De pronto a «Chucky», como lo conocen todos sus compañeros, se le cayeron un montón de huesos encima. Estaban mezclados con raíces, tierra y cosas que a simple vista no eran distinguibles. Sin embargo, enseguida notó que eran huesos humanos: identificó un cráneo, una mandíbula y algunos dientes que, claramente, pertenecían a una persona. Fue cerca de las dos de la tarde.

«Estábamos paleando y apareció el difunto. Fue inesperado», contó más tarde Chucky a una radio, y aseguró que se dio cuenta de que se trataba de un ser humano porque, en su Paraguay natal, había hecho unos años de la carrera de medicina.

Chucky avisó al capataz y el capataz al arquitecto. «¡Acercate que encontramos algo!», le dijo, y el arquitecto miró. Se dio cuenta inmediatamente de lo que pasaba. Y fue a tocarle el timbre a los Graf.

Fernando Scarfó, uno de los dos jefes de Seguridad e Higiene de la obra que iba a hacer controles cada siete o quince días, recibió un llamado a su celular. Estaba a apenas quince cuadras del lugar. Cuando llegó ya estaba el inspector Alejandro Diez, de la Policía de la Ciudad, con un patrullero. Al ratito cayó el vecino, Cristian Graf. Ya se habían conocido un mes antes cuando la rotura de un caño maestro dejó sin agua a medio barrio.

Graf dijo que creía que su casa había sido una iglesia, que después fue una caballeriza y, finalmente, que en un momento cuando nivelaron el terreno del fondo él compró un camión de tierra: que, tal vez, los huesos habían llegado ahí desde algún cementerio.

La teoría sobre el camión de tierra abrió el debate entre los obreros. Decidieron preguntarle al de mayor experiencia: el que manejaba la motoniveladora. «Imposible, cuando descargan la tierra se dan cuenta de lo

que hay. El chofer hubiera visto los huesos», sentenció sin dudar.

La escena y los diálogos cobrarían mayor importancia semanas más tarde. Acusado por la Justicia, Cristian Graf negará haber comentado esas hipótesis a los obreros, y basará su estrategia en tratar de ubicar la tumba fuera de los límites de su propiedad.

## El llamado al 911

Cuando el arquitecto le tocó el timbre a los Graf, lo atendió Ingrid, la hija de la dueña —hermana de Cristian—, que había viajado desde Chubut, donde vive, para cuidar a su madre de 87 años, convaleciente tras una operación de rodilla.

Ingrid llamó por teléfono a su hermano Cristian, que estaba en el trabajo, y le avisó del hallazgo de los huesos.

En paralelo, llegó la llamada a la línea de emergencias del 911 que nadie sabe a ciencia cierta quién realizó. El que habló es un hombre a quien se adivina joven. Pidió permanecer anónimo. Dijo ser un vecino preocupado, pero pudo haber sido uno de los obreros. Según los registros de la Policía, no fue ni Ingrid Graf ni el arquitecto Arcifa.

La llamada al 911 duró dos minutos y 34 segundos y tiene detalles que justifican su transcripción literal. Em-

pezaba a desenredarse una historia increíble que había comenzado en el invierno de 1984 y que aún hoy reserva misterios:

—911, ¿cuál es su emergencia?

—Hola, ¿qué tal? Buen día. Te quería hacer una pregunta: ¿qué se hace cuando una persona está excavando y encuentra huesos humanos?

—¿Usted quiere un móvil policial o quiere hacer una denuncia?

—No... es que yo no sé qué hay que hacer. Yo vivo al lado de una obra y veo que están sacando restos humanos de una excavación. No sé qué hay que hacer.

—Nosotros podemos mandar el móvil policial para que vaya a verificar, ¿sí? ¿Esto es en capital o provincia?

—Capital. Pero ¿se hace eso? ¿O tendría que llamar a un organismo de... qué sé yo? Yo te digo esto porque, porque por lo que veo, van a agarrar todo y lo van a meter en una bolsa y lo van a tirar. Y quizá eso, lo más probable, es que tenga sesenta años metido ahí, o cuarenta.

La operadora le pide la dirección para que «el personal se pueda aproximar a verificar».

—Ok, yo te digo, pero ¿puede ser que me mantengas en anónimo?

—¿Los obreros están excavando?

—Sí, están acá, están sacando fotos. Yo lo vi de casualidad. Pero estoy viendo como que les van a dar la orden de..., perdón que hable así, «hacete el boludo porque

esto nos va a complicar la obra». Si no se apuran los meten en una bolsa y los tiran. Y esto, para mí, puede tener algo que ver con alguno de los desaparecidos de los militares, porque estas casas son de hace sesenta años. ¿Listo?

—Notificado, señor, gracias por comunicarse.

—Dale, un beso.

## Y llegó la Policía, el fiscal y la televisión, en ese orden

La denuncia fue girada a la Comisaría Vecinal 12C y dio paso al inicio del sumario 94.044/25 por «Averiguación de ilícito», una calificación general y provisoria que es, simplemente, una formalidad.

Ya no habría marcha atrás.

La primera casualidad, la palada de Chucky en la medianera con los Graf, se encadenaría con otros episodios, algunos igual de fortuitos.

Así se descubriría un crimen cometido hace 41 años, la tarde del jueves 26 de julio de 1984, en una época en la que la Argentina recién retomaba su camino democrático.

¿Cómo explicarlo?

En 1984 solo había cuatro canales de televisión —Canal 2, hoy América, era muy difícil de sintonizar—. To-

dos eran de aire. Arriba de los televisores había una antena que, cuando se rompía, solía ser reemplazada por una papa con dos agujas de tejer clavadas. La televisión por cable no existía y muchísimo menos Internet. Las redes sociales no figuraban ni en las películas clase B de ciencia ficción. Lo más parecido a un celular era el zapatófono que usaba «Maxwell Smart, el superagente del recontra espionaje».

El 20 de mayo de 2025, tras los policías que había mandado el 911, llegaron al lugar los peritos de la Sección Gabinete Científico Área III Oeste de la Policía de la Ciudad de Buenos Aires. Recolectaron los huesos vestidos con sus trajes blancos de pies a cabeza. El trabajo de los legistas comenzó a las 16.12, según el acta oficial. Llevó tiempo y se terminó de noche, con frío y estupor.

La fosa tenía 1,20 de largo por 67 centímetros de ancho y 60 centímetros de profundidad y se había desprendido de la propiedad de Congreso 3742.

Para ese entonces ya había sido notificado el fiscal Martín López Perrando, de la Fiscalía Nacional en lo Criminal y Correccional N° 61, quien estaba de turno y llevaría adelante la investigación. Su secretario, Leandro Alonso, estaba haciendo un trámite en el microcentro porteño cuando le sonó el teléfono celular que, de turno, siempre está al rojo vivo con todo tipo de consultas sobre delitos varios. Lo que le contaron lo sorprendió: habían

encontrado huesos enterrados en una obra en construcción en la ciudad de Buenos Aires.

El panorama era atípico: cuando se encuentran huesos, estos suelen estar en algún tacho de basura en la calle y pertenecer a alguien que estudió medicina o alguna cosa similar. Pero estos estaban enterrados en una casa en el barrio de Coghlan. Alonso confirmó que estaba en camino la Unidad Criminalística Móvil y decidió ir a ver lo que pasaba con sus propios ojos. Como estaba en moto, y conocía la zona porque había vivido algunos años en Saavedra, llegó rapidísimo.

En la obra ya habían puesto una cinta para que nadie pisara el lugar donde habían quedado tirados los restos óseos. Los peritos se encontraron con una pila de huesos enmarañados con raíces y fueron armando el esqueleto sobre un trozo de papel madera, que les quedó corto. Las piernas no pudieron ponerse en posición normal.

En total rescataron 151 piezas óseas y media docena de objetos que, semanas después, serían clave para ponerle nombre al «NN de Coghlan».

Los huesos fueron preservados en cinco sobres de papel. Ahí reunieron los restos de lo que había sido una persona, alguien con familia, pasatiempos, proyectos e historia. En un sexto sobre colocaron otros elementos que estaban junto al cuerpo: un reloj digital cuya correa ya no existía, un corbatín azul tipo escolar, una moneda japonesa de cinco yenes, tres monedas de un peso, un

llavero tipo náutico y una llave de doble paleta totalmente oxidada.

Además, la suela de un zapato y restos de cuero marrón que fue lo único que sobrevivió del calzado. Se rescató también una misteriosa ficha de casino de los años ochenta original y hasta con número de serie, la etiqueta de una prenda de vestir y la hebilla de un cinturón que ya no existía.

La pericia se terminó entrada la noche. A las 20.10, según los registros policiales, ya nadie quedaba en la obra. No dejaron a nadie de consigna. La verdadera historia del llamado «misterio de Coghlan» estaba por comenzar.

## El alerta de Bochi

Como suele ocurrir, además de la Policía y la Justicia, los vecinos manejaban cierta información de lo que había ocurrido en la obra. Pero no muy precisa. El rumor amplió su radio durante el fin de semana y llegó el domingo hasta la tradicional carnicería de Héctor Darío «Bochi» Codega. La primera versión, luego descartada, sostenía que la casa en la que habían encontrado un cuerpo había pertenecido durante décadas al humorista Emilio Disi. Así fue que el domingo 25 de mayo, mientras atendía a sus clientes en su local de Manuel Ugarte al 3700, Bochi le pasó el «datazo» a la periodista Luciana Geuna, vecina

del barrio, que estaba haciendo las compras del fin de semana.

Geuna se interesó en el tema, vio un costado noticioso y le mandó un mensaje a una colega del área de espectáculos del canal de noticias TN. El gancho periodístico era Emilio Disi. Pensó, y no se equivocó, que la noticia le iba a interesar. La pista cayó en manos del periodista Julián Padilla, que pronto averiguó que la casona demolida no había pertenecido a Disi, pero sí tenía un pasado *fashion*. En ella había vivido durante décadas Marina Olmi. Y fue ella quien le confió, ese mismo día, que entre 2001 y 2003 se la había alquilado a Gustavo Cerati. La noticia no solo no se había «pinchado», sino que era más ratonera que al principio.

La mezcla fue explosiva.

Ese fin de semana patrio el panorama parecía ser el siguiente: unos obreros habían encontrado huesos humanos en una casa que había ocupado el líder de Soda Stereo, pero, como en el lugar había existido una iglesia, seguramente eran de algún cura.

Solo los más conspirativos aludían a un tema de Cerati, «Crimen», lanzado en 2006, en el que repite:

*Ahora sé lo que es perder*

*Otro crimen quedará...*

*Otro crimen quedará...*

*Sin resolver.*

No importaba que la canción no tuviera absolutamente nada que ver con huesos en un jardín. El videoclip se reprodujo cientos de veces en pocos días.

Faltaban unas semanas para conocer que pertenecían a un adolescente al que habían matado de una puñalada y cuyo cuerpo habían intentado descuartizar. Todavía parecía imposible ponerles nombre y apellido a esas 151 piezas óseas.

## Las pistas para armar el rompecabezas

Tres días después del hallazgo de los huesos, la investigación comenzó una nueva etapa. El fiscal López Perrando le pidió ayuda al Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF).

En realidad, Carlos «Maco» Somigliana, miembro del EAAF, había recibido un llamado de la agrupación H.I.J.O.S., que reúne a los hijos de los desaparecidos durante la última dictadura militar, el mismo martes 20 a la noche. Tal vez fue la misma persona que, antes, llamó al 911.

Maco estaba trabajando en otro caso: el de dos víctimas de los llamados «vuelos de la muerte», enterrados en un cementerio de Magdalena, en la provincia de Buenos Aires.

Internacionalmente reconocidos por su trabajo en la identificación de restos esqueletizados —de caídos en la

guerra de Malvinas, de víctimas del terrorismo de Estado en la última dictadura militar, incluso en la identificación del cuerpo de Ernesto «Che» Guevara—, el EAAF era el timbre que había que tocar. Y el fiscal Martín López Perrando lo tocó rápido: les dio intervención el 23 de mayo.

El 29 de mayo a las diez de la mañana Mariella Fumagalli y Analía González Simonetto empezaron a trabajar en la medianera de la avenida Congreso. Entre la gente de la fiscalía, de la policía y de la obra —incluyendo arquitectos y abogados de la empresa constructora—, había unas treinta personas en el lugar.

Con ropa cómoda y mucho cuidado, Fumagalli y González Simonetto fueron analizando lo que durante cuatro décadas había sido una fosa improvisada.

La tumba estaba a unos 32 metros de la entrada. Nunca se pudo saber en qué posición había sido enterrado el cuerpo porque, al caer sobre el terreno de la obra, se modificó el escenario original.

¿Estaba acostado? ¿En posición fetal? Nunca lo sabremos porque la palada de Chucky los sacó a la luz de una manera imprevista. Antes de analizar los huesos, mucho antes de la extracción del ADN de dos de sus dientes, los especialistas del EAAF determinaron una cosa fundamental para entender el caso: «El enterramiento original se encuentra totalmente ubicado dentro del predio contiguo, en dirección Este, fuera de los límites operativos del obrador». En otras palabras: la tumba había sido

cavada en el jardín del chalet de dos pisos de Congreso 3742, en la que los Graf viven desde el año 1974.

Para los antropólogos fue determinante poder ir al terreno y no, como suele ocurrirles, que le llegaran los huesos sin ningún contexto. Empezaron a trabajar muy despacio, limpiando y delimitando el área de la obra, pero cuando se quisieron dar cuenta, estaban unos 50 centímetros dentro de la propiedad lindante. La tumba estaba sin duda en el coqueto jardín con pileta de los vecinos de al lado. Fue un *flash*.

Todos los restos —los recolectados el 20 de mayo y los complementarios del 29 de mayo— partieron en contenedores de plástico azul a la sede del EAAF en Avenida del Libertador 8151, el predio de lo que fue la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), que funcionó como un centro clandestino de detención entre 1976 y 1983.

Los huesos del NN de Coghlan terminaron en la mesa de al lado donde se encontraba un esqueleto aún sin nombre: el de la misteriosa mujer que apareció el 15 de febrero de 2015 carbonizada en la Costanera Sur, en Puerto Madero. Ese caso se hizo conocido porque la mujer, se cree que en situación de calle, ardió a pocos metros de donde, un mes antes —en su departamento del piso 13 de la Torre Le Parc—, había aparecido con un balazo en la cabeza el fiscal federal Alberto Nisman. Dos esqueletos, dos misterios.

Fue entonces, en la ex-ESMA, donde comenzó el trabajo de análisis y la búsqueda que le permitiría al EAAF alcanzar la identificación. Por un lado, estaban las pistas que daban los huesos, y por otro, las que se desprendían de los objetos encontrados en la fosa.

El misterio se iba despejando a paso lento pero constante. Los vecinos hablaban entre ellos y el canal de noticias Crónica TV consiguió una médium para seguir con la cobertura aún sin ninguna certeza. Mezclados con datos confusos, como que los huesos pertenecían a un joven de unos 24 años o que el zapato encontrado era número 37, comenzaron a aparecer informaciones ciertas que ayudaron a trazar el perfil del «NN» mientras los antropólogos forenses trabajaban para determinar la posible edad del muerto y las causas de su muerte.

Todo debía ser lo más preciso posible: ante la falta de una base de datos con ADN de personas desaparecidas en democracia, y el escaso registro policial de la época, la mejor herramienta para identificar los restos era la difusión en los medios masivos de comunicación: que alguien notara alguna coincidencia con algún familiar y se comunicara con ellos.

Cualquier error podría atentar contra la búsqueda. Desalentar y confundir. El primer dato importante fue el reloj encontrado con los huesos: era digital, de plástico negro y había sido fabricado en Japón en 1982. La muerte no podía ser anterior a ese año. Era un Casio CA

90. Tenía instalado un juego tipo *Space Invaders* que se manejaba con los números de un teclado tipo calculadora y había sido muy novedoso y deseado en su época. Si bien estaba de moda, y muchos lo usaban, no lo podía comprar cualquiera. Eso aportaba el segundo dato: el cuerpo no era de un vagabundo.

Una moneda japonesa de 5 yenes sumó misterio al caso y hasta hizo pensar que el muerto podía tener alguna ascendencia japonesa. Otra teoría resultó ser la acertada: señalaba que en los ochenta y noventa muchos jóvenes llevaban una moneda de 5 yenes colgada al cuello con un tiento de cuero como adorno o amuleto.

Con los restos también encontraron un llavero naranja con un vivo amarillo y negro de costado. Era del tipo náutico, de los que flotan y que se pusieron también muy de moda en los ochenta. Tenía una llave de doble paleta.

Poco y nada de la ropa sobrevivió al contacto con la tierra. Lo que tenía fibras sintéticas se preservó, pero las prendas de algodón desaparecieron. Una pieza fundamental recuperada fue el corbatín azul, típico de colegio secundario, que tenía más fibras sintéticas que de algodón. En el proceso de descomposición los botones metálicos de una campera le quedaron pegados.

Además de la corbata hallaron una suela de zapato número 40/41 y restos de cuero marrón como de un zapato abotinado. También restos de una media, una eti-

queta marca UFO, muy popular y cara en los ochenta y noventa, y una hebilla de cinturón oxidada.

Por la gran cantidad de objetos que fueron sepultados con el cuerpo, y lo poco profundo de la fosa, los peritos creen que el entierro fue a las apuradas. Pero difícilmente fuera obra de una sola persona.

Casi un mes después del hallazgo del cuerpo, el Equipo Argentino de Antropología Forense entregó su informe final. Tenía dos datos importantísimos: los huesos pertenecían a un varón de entre 15 y 19 años y una lesión en la cuarta costilla derecha indicaba una puñalada con un elemento romo —un objeto sin punta ni filo—, realizada de derecha a izquierda.

La víctima medía entre 1,70 y 1,77 metros de altura y, por cómo se habían formado los huesos de sus extremidades superiores, había desarrollado algún tipo de actividad física.

El cráneo estaba fragmentado, lo que les impidió afirmar o descartar que lo hubieran golpeado en la cara. De los dientes del maxilar inferior se pudo extraer una muestra de ADN. El análisis se hizo en el laboratorio que el EAAF tiene en Córdoba, uno de los mejores del mundo para obtener registros genéticos de huesos.

El análisis forense determinó que habían intentado descuartizar o «desarticular» el cuerpo, pero sin ninguna experiencia. Tenía lesiones en la cadera, un hombro y un brazo. Signos de que posiblemente intentaron tro-

zarlo sin saber por dónde hacerlo. Los huesos estaban marcados.

El dato que se había tratado de un homicidio y posterior intento de descuartizamiento terminó definitivamente con la teoría que vinculaba los restos con la iglesia Santa María de los Ángeles, los curas y las monjas.

Entonces sí, los vecinos de la avenida Congreso al 3700 comenzaron a preocuparse. No se trataba de una curiosidad. Había habido un crimen. Alguien que conocían, o habían conocido, era un asesino.

El chalet de los Graf se convirtió en un búnker. Las persianas permanecían cerradas y nadie respondía al timbre. Solo los drones de los periodistas y los chismes del barrio mostraban algo de la vida dentro de la propiedad de Congreso 3742.

¿Podía Cristian, ese pibe del barrio de toda la vida, el que iba de acá para allá en moto haciendo arreglos de electricidad, ser un asesino?

Callado, taciturno, sus apodos, «Jirafita» o «Pantriste», no lo pintaban como alguien capaz de vivir y hasta instalar una pileta a pocos metros de una tumba.